

## BIOGRAFIA

### ESTE OTRO RUBEN DARIO

Por OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Hermoso, hondo y sincero el libro de Antonio Oliver Belmás, "Este otro Ruben Darío", (1) que acaba de aparecer en Barcelona. Bien merece el Premio de Biografía Aedos 1959, que le fue otorgado por unanimidad.

Oliver Belmás es poeta, ensayista y profesor. Se ha especializado en literatura hispanoamericana, y su devoción a ella le impulsó a rescatar el Archivo de Rubén Darío, por espacio de 40 años en poder de su compañera y amante, Francisca Sánchez. El autor cuenta, al final del libro, cómo buscó y encontró —para luego clasificarlo y estudiarlo en forma exhaustiva— ese tesoro que guardaba celosamente quien, al decir del propio Darío, acompañó al poeta toda su vida.

Se explica así el título de la obra ("Este otro Rubén Darío"), pues a pesar de la extensa bibliografía sobre el nicaragüense genial, faltaba "este otro", el que emerge de sus cartas íntimas, de sus fotografías inéditas, de sus confidencias guardadas celosamente en un baúl de mujer fiel y enamorada.

El de Oliver Belmás es un Darío no solo desconocido sino inmenso, conmovedoramente humano. A sus dotes de excelente prosista y biógrafo, une el escritor español su amor hacia el gran poeta de la lengua; su probidad al desnudar —a veces— su alma y su espíritu; su respeto ante el hombre y sus flaquezas; su emoción y su admiración ante el genio y el iluminado.

Bien lo dice don Francisco Maldonado de Guevara en el prólogo: "La obra de Oliver pertenece a una categoría artística como respuesta del poeta a la llamada del poeta".

---

1) "*Este otro Rubén Darío*", por Antonio Oliver Belmás. Editorial "Aedos", Barcelona. 1960. Edición en pasta, 476 páginas. Numerosas fotografías, fotocopias de poemas y de cartas autógrafos del poeta, y documentos tomados del Archivo de Rubén Darío.

No tiene un orden rigurosamente cronológico el libro de Oliver Belmás. Pero no le hace falta. Así, se inicia por lo que pudiéramos llamar el cenit amoroso de Darío: su encuentro con Francisca Sánchez. El capítulo, tierno e ingenuo como todo romance de verdad, se titula "El Caballero Nebur". Este nombre es uno de los que utilizó en sus comienzos literarios Rubén Darío, y es un anagrama formado con su nombre. En él narra el biógrafo el viaje del poeta hasta Navalsáuz, en la sierra de Gredos, en busca de quien había conocido hacía poco —primavera de 1899— mientras caminaba por la Casa de Campo de Madrid. Son enterecedoras las palabras de Francisca, al oído de Rubén, al verlo aparecer en su humilde casa: "¡Cómo te agradezco que hayas venido! ¡Es cierto que me quieres!".

Lo que significó esa visita en la vida del nicaragüense está resumido en este párrafo del libro:

"¡Navalsáuz! ¡Navalsáuz! El caballero Nebur no podía imaginar en el otoño de 1899 que en el diminuto cementerio navalsuceño quedaría algunos años después sangre de su sangre; que otro día sin romería, los ángeles sonarían laudes y salterios para llevarse el alma purísima de "Phocas el Campesino", aquel niño precioso y de mejillas barrocas a quien su padre dedicara en vida un soneto famoso". (Phocas el Campesino, como él llamaba a su primer hijo en Francisco Sánchez, Rubén Darío, muerto en 1905).

Como ella era hija del jardinero de la Casa de Campo (jardines del Palacio Real de Madrid), Oliver la llama "la hija del jardinero del Rey", con lo cual hace aun más poético el encuentro y el enamoramiento súbito del poeta y la humilde campesina española. Oíd cómo lo narra el autor del libro:

"El rey exótico, el rey que desde América había llegado a España, se había enamorado, como en un cuento de Tagore, de la hija del jardinero del otro rey. Pero que un rey sin palacio se enamorara de la hija del jardinero de un rey de inmensos palacios y de jardines múltiples, implicaba un conflicto difícil de resolver. Y más, cuando el rey exótico estaba casado y no podía ofrecer legalmente su trono a la princesa hallada en el jardín. Mas, si en la vida no se presentaran estos problemas, ¿qué sería de la novela? La novela es menos novelística que la vida misma. La imaginación del más fantástico novelista no puede superar las complicadas realidades de la existencia".

Sí. Quien recorrió salones reales, literarios y académicos. Quien estuvo rodeado de honores, de miradas de hermosas mujeres, de tentaciones sin cuento en innumerables países recorridos. Ese, el caballero Nebur primero, y luego el gran Rubén Darío, se rindió ante la dulzura inenarrable de Francisca Sánchez, una mujer de oscuro origen que ni siquiera sabía escribir!



Pero ¿quién era esa mujer que supo subyugar al más grande de los reyes de su tiempo, al rey de las rimas y de las imágenes? “Ella no sabía que él era el cantor de la marquesa de Eulalia, de los violines de Rameau y de Lully, de los países dieciochescos a lo Watteau, de los Versailles galantes y discretos”, dice Oliver Belmás. Es decir, ella, Francisca, aceptó el llamado que desde el portentoso corazón del poeta le llegaba. Lo aceptó calladamente, sin saber que él era un rey. Y desde entonces, “aprendió a respetarle sus horas de inspiración y de trabajo. Se hacía toda de recogimiento y mudez, se anulaba como si no existiese, para no estorbarle...”.

Hermosa fusión del encumbrado rey y la humilde campesina, para que el amante llegara a ser un americano de España y la amada se convirtiera en una española de América, al decir de Oliver Belmás.

Nadie ocupó lugar tan prominente en la vida de Darío como ella, en quien él tuvo cuatro hijos, dos mujeres y dos varones. Rubén, en compañía de Amado Nervo, le enseñó a Francisca a leer. Y uno puede imaginarse esas noches al hada del jardín (en medio del rey y del príncipe), descubriendo, gracias a sus portentosos maestros, las maravillas de una lengua que su amante manejaba a su antojo; de una lengua que el rey enriquecía como prestidigitador y mago.

No en vano Rubén le escribió aquellos famosos versos que terminan:

*Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe.  
¡Hacia la fuente de noche y olvido,  
Francisca Sánchez, acompáñame!*

#### ESPAÑA DESCUBRE A DARIO

Cuando Darío llegó a España por primera vez, en 1892, ya don Juan Valera había escrito las dos famosas cartas que aparecen en la segunda edición de “Azul” (Guatemala, 1890). Sobre ellas dice Oliver Belmás, que “son, ciertamente, un prodigio de adivinación y de análisis. Estas cartas, en las que un español ilustre abre las puertas de la gloria literaria a Rubén Darío, vienen a representar como su doctorado poético. Valera acierta, y para siempre. Y su acierto magistral, su fina comprensión, compensan a España de todos los desaciertos críticos, de las bastas incomprendiones que otros españoles menos agudos tuvieron para Darío”.

En una de las “Cartas Españolas” de Valera, que reproduce Oliver, leemos: “. . . en Rubén Darío hay, sobre el mestizo de español y de indio, el extracto, la refinada tintura del “parnasiano”, del “decadente” y de todo lo novísimo de extranjería, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto”. Es una carta de 1892 para don Marcelino Menéndez Pelayo.

Muchos impugnadores tuvo Darío tanto en América como en España. Pero también, como lo prueban las innumerables cartas que copia su biógrafo en este libro, contó con la admiración, el cariño y el respeto de poetas de la alcurnia de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Ramón del Valle Inclán, entre los españoles. Y Amado Nervo, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, Martí, Gavidia, etc.

Es curioso el capítulo en que Oliver Belmás alude a un incidente con José Asunción Silva. Mientras Darío tuvo relaciones cordiales y a veces profundas con los modernistas y premodernistas de América y España —dice el autor de la biografía que comentó— con el colombiano no las tuvo jamás. Por el contrario, no solo nunca se encontraron sino que nunca se escribieron. Cosa extraordinaria pues tanto Silva como el nicaragüense viajaron al exterior y tuvieron oportunidad de conocerse en esos viajes; además, Darío tuvo contacto personal o por lo menos epistolar con todos los escritores, pintores y poetas importantes de su época.

“El origen de esta fata de amistad, dice Oliver, radica en los versos satíricos que a la manera poética de Darío dedicó el bogoteño (sic), quien se burló del ‘paje abril rubio y sutil’, y llamó rubendaríacos en tono despectivo a los seguidores del poeta de Metapa”.

La burla de Silva se titulaba “Sinfonía color de fresa con leche”. El famoso “Sátiro Fotos” escribió a Darío (el 8 de enero de 1895) una curiosa carta en la que trata de mostrar su indignación por los insultos del colombiano; mas, entre líneas, se comprende que lo que desea “El Sátiro” es carear a Darío y hacerlo entrar en polémica. Ni esta carta, ni la de “Carmen Granados” —quien, según Oliver, es, como “Fotos”, el mismo Silva— logran sacar de casillas la majestad de Darío.

“Todo fue inútil, concluye el biógrafo de este, y la notoriedad que buscaba José Asunción Silva no la alcanzó a costa de Rubén Darío, sino por sus propios méritos y por su trágico fin”.

#### LA HISPANIDAD Y RUBEN DARIO

Rubén siempre se mostraba orgulloso de su ascendencia indígena. Pero nunca ponía en oposición su origen americano con su herencia española. “Singular semi-español, semi-indio” lo llamó don Juan Valera. Y Oliver Belmás agrega: “Rubén en el sentimiento y en la conducta, fue más español que muchos españoles. Y para Darío sentirse español era un orgullo”. Y más adelante, parangonándolo con el sabio de Salamanca: “Unamuno era el español de un mundo. Darío el español de dos”.

El filósofo salmantino escribió alguna vez a Rubén estas palabras: “Le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo o de otro puede ahijarse con viejos orígenes indígenas”. Y agregaba: “Yo quisiera escribir con sosiego sobre usted y su obra y muy en especial sobre su influencia, que es indudable, ha sido enorme en las letras hispanoamericanas y españolas”. Espaldarazo que, unido al de Valera, consagraba a quien venía a la Madre Patria a devolverle su herencia, a pagarle el tributo que ella merecía por haber obsequiado a la América Española la riqueza inmensurable de la lengua.



Pero ningún reconocimiento más conmovedor que el del conocido artículo de don Miguel, "Hay que ser justo y bueno, Rubén". Hay apartes en ese escrito, en las que se trasluce el arrepentimiento de quien menos comprendiera a Rubén en vida. Oigamos lo que Unamuno dice de quien era "el hombre de todos los países cuya patria no era de este mundo":

"¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y este me llevó al poeta! Al indio —lo digo sin asomo de ironía; más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio". (Hay aquí una clara alusión a la célebre frase mordaz de don Miguel, cuando dijo que a Darío se le veían las plumas del indio por entre el sombrero. Frase que motivó la no menos ácida del nicaragüense: "Es con una pluma, que me saco de debajo del sombrero, con la que le escribo...").

Aquella "suprema flor espiritual de la indianidad", era profundamente una flor hispánica. Cantó Rubén a España como nadie lo ha hecho. La recorrió íntegra con amorosa mirada. Fue en ella Embajador de su país. En ella nacieron cuatro de sus hijos (solo tuvo otro, en Nicaragua, con su primera esposa, doña Rafaela Contreras). En ella escribió sus más hermosos versos...

Su españolismo, su profesión de fe española, la encontramos en numerosos poemas suyos. Oigamos estos versos:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,  
español de conciencia, obra y deseo,  
y yo nada concibo y nada veo,  
sino español por mi naturaleza.*

*Con la España que acaba y la que empieza  
canto y auguro, profetizo y creo,  
pues Hércules allí fue como Orfeo.  
Ser español es timbre de nobleza.*

En el libro de Oliver Belmás hay un sinnúmero de testimonios de su amor a España. Se relatan en él sus viajes por la Península, sus amistades españolas, las cartas que él se cruzó con sus médicos y amigos de allí, sus encantadoras temporadas en Mallorca, sus épocas de triunfos y de penurias en la Madre Patria.

#### RESUMEN

No me es posible, en tan corto espacio, decir al lector todo lo que "Este otro Rubén Darío" trae en sus nutridas 475 páginas. Solo me resta anotar lo minucioso de los detalles, lo profundo del estudio de la vida y la obra del poeta. Son tantas esta minuciosidad y esta profundidad, que es esta —a mi modo de ver— la biografía definitiva del gran cantor de Metapa. Lo digo no solo por la extensión de ella, sino por la ciencia con que está elaborada. Oliver Belmás es, además de profesor de literatura y doctor en filosofía y letras, un verdadero amante de la obra de

Darío. La ha estudiado casi toda su vida, y ahora da cima a su admiración y a sus estudios con este libro que es el trasunto de estos y aquella, y la quintaesencia de lo hallado por él en el Archivo de Darío.

No se crea que Oliver Belmás se contenta con darnos un prolijo detalle de los quehaceres y las anécdotas del nicaragüense. No. Su obra está estudiada en este libro, desde el punto de vista de la más rigurosa crítica literaria, en sus aspectos lírico, métrico y puramente mecánico. El comentar su capítulo "La obra", subdividido en: "El verso Dariano", "El soneto", "Los hexámetros", etc., daría lugar a un estudio separado, por lo menos de la extensión del presente.

Por otra parte, el libro de Oliver está escrito en noble prosa castellana, y salpicado de frases altamente poéticas que bien quisiera (si tuviera espacio) reproducir en este comentario. Léanse, si no, esas palabras finales del libro; todo ese capítulo dedicado a su muerte, en el que la extinción del gran bardo aparece relatada con caracteres tan patéticos y elevados, que solo por esas palabras (si no tuviera tantos otros méritos) se salvaría del olvido el libro del escritor español.

Oigamos el párrafo que cierra el capítulo "La Muerte":

"Pero él ya no estaba allí. Su alma —como la de aquel celeste *Edgar-do*— entró, sin duda, en la gloria con un son de campanas y un perfume de nardo. De la rosa griega o de la Masaya —¡cuántas flores para su tumba envió esta ciudad nicaragüense!— su alma voló primero por los ámbitos de la catedral hasta posarse en los clavos de la Cruz. Después, sí, después —porque ha de existir un Paraíso para los poetas— entró en las regiones celestes, a cuyas puertas le esperaron las de *Beatriz*, *Ligea*, *Evangelina*, y la de "*Stella*", la dulce "*Stella*", la pequeña y frágil *Rafaela*. Allí quedó muerta su "muerte", y él sobrenaturalmente transfigurado".

Hay en "Este otro Rubén Darío", documentos de un valor insospechable para la comprensión y la valoración definitivas de Darío, tanto desde el punto de vista puramente humano, como desde el de la ciencia y el de la crítica literaria.

Y hay momentos de una ternura infinita, como cuando llegan a la casita de Navalsáuz —40 años después de la muerte de Darío— el autor del libro y su esposa, la poetisa *Carmen Conde*, y le dicen a *Francisca Sánchez* que vienen a acompañarla. Y ella replica estremecida: "—Acompañarme a mí? —Acompañarme a mí? ¡Ya no tengo quien me acompañe!...".

Y cuando Oliver recibe, al fin, el Archivo de Rubén y exclama: "España! España!, España de antaño y de hogaño, de hoy y de mañana. El archivo de Rubén Darío ya era de España!".

Sí. De España y de Hispanoamérica. Porque en Madrid, y dirigido por su propio descubridor, está abierto el Seminario-Archivo Rubén Darío, verdadero altar a la memoria del más portentoso de los poetas de la lengua en estos últimos dos siglos.



España redescubre así a nuestro poeta y lo devuelve redivivo a estos "estados unidos de luz castellana". España se constituye en guardián de su memoria, y a través del Seminario-Archivo y del libro de Oliver Belmás, nos hace recordar (porque algunos lo habíamos olvidado) que Rubén Darío no ha muerto, y que su fama y su gloria están más vivas que nunca.

España hace suyo, definitivamente, a quien en ella vivió, amó, sufrió y triunfó.

España nos entrega "este otro Rubén Darío" en las febriles y apasionantes páginas de uno de sus hijos, poeta como él y como él visionario y enamorado de la belleza.

Es el regreso a América —en la eterna marea de la comunicación entre la Madre fecunda y sus hijas— de la sangre que aquella había prodigado a estas en las venas de Rubén Darío.